

A mi hijo Antonio, primer crítico de todos mis escritos.

# La segunda oportunidad

Antonio Ortiz López

Hace muchos años, y no me gusta presumir de mayor, había un programa en Televisión Española que llevaba por título *La Segunda Oportunidad*. Versaba sobre accidentes automovilísticos. Consistía en que proyectaban una secuencia en la cual un conductor cometía una gran imprudencia conduciendo el coche, y como consecuencia le costaba un accidente, y a veces la vida. A continuación se proyectaba la misma escena, pero en esta ocasión sin temeridad, es decir, con sensatez, y por lo tanto se evitaba el infortunio. Muchas personas desearían se les diese esa "segunda oportunidad" en la vida, pues así se volverían más juiciosos, si habían sido insensatos; más prudentes, si habían sido alocados; más sensatos, si habían sido irreflexivos; más equilibrados, si habían sido impacientes; más callados, si habían sido unos bocazas.

Los animales traen una receta, un plan prefijado, un instructivo, que en ellos obra automáticamente en cada situación. El hombre es distinto, y tal vez por ello solemos decir que es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Pienso que si nos dieran una segunda oportunidad, como en el programa de la televisión, volveríamos a tener el mismo accidente. No sé si al afirmar esta cuestión me muestro pesimista o tal vez realista. Y es que nos agobian las prisas, o mejor dicho, nos abrumamos

con las prisas. ("Paciencia piojo, que la noche es larga"). Opino que no hay que ir por la vida, por la carretera, por la ciudad, o por el pasillo de nuestra casa con cara de velocidad y con un alto nivel de riesgo de acabar con una taquicardia, con un ataque de nervios, con un infarto, o por lo menos con estrés, según los casos y las circunstancias. Es un riesgo para cada uno de nosotros y, lo que es peor, riesgo y agobio para los que se cruzan en nuestra carrera, con claro peligro de perder su propia tranquilidad por culpa de nuestra prisa.

Las prisas, que siempre se han dicho que son malas consejeras, se han instalado en nuestras vidas. Todo ha de tener respuesta o solución y, además, inmediata. No sólo debemos estar haciendo cosas continuamente, sino que debemos hacerlas con la máxima rapidez. El mundo, o por lo menos nuestro pequeño gran mundo, sería mucho más habitable si nos decidiésemos a reducir un poco la marcha. Un lujo al alcance de todas las fortunas, y del que tenemos verdadera necesidad. Hay que disfrutar del tiempo, tratarlo con mimo, empleando la inteligencia, que supone llenarlo de lo que tanto necesitamos: un poco de paz para encontrarnos con nosotros mismos, para leer un buen libro, darnos a nuestra familia y ami-

gos. Sólo con un empeño serio por dominar la prisa, sacaremos todo el partido a ese gran regalo del cielo que es el tiempo que tenemos entre manos, es decir, ¡vivir!

En épocas de estrés o urgencia en la vida cotidiana, es especialmente importante saber cambiar el ritmo. Cuando uno siente que la cabeza o el corazón le va a estallar, que va más deprisa que las circunstancias que le rodean, que el pulso se le ha acelerado: cuando a uno le parece que participa en una carrera en la que todos los demás le avanzan, es precisamente en esos momentos cuando resulta vital tener un ritual o proceso al que recurrir para "regresar" a nosotros mismos. Los teclados del ordenador disponen de una tecla de "pausa"; establezcamos nuestra propia pausa. Ganaremos en tranquilidad, y nuestro ritmo cardíaco también.

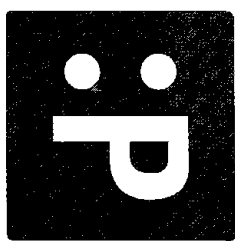
Hay un relato que leí hace algún tiempo y que a mi me hizo reflexionar. Se trata sobre un viajero que fue a parar a un pequeño cementerio situado en una bella colina. Observando las inscripciones de las sepulturas, se dio cuenta de que no había nadie que pasara de los diez años. Un poco alarmado, pensando que en aquel paraje debía de pesar alguna extraña maldición sobre los niños, le preguntó a un guarda que

había por allí cómo era que todo el mundo moría tan joven. El guarda le desveló el misterio. No era que todo el mundo muriera joven, sino que cuando moría alguien, contaban únicamente los momentos de auténtica vida que había tenido aquella persona.

Podemos preguntarnos qué son momentos de auténtica vida para una persona adulta. Seguramente son aquellos momentos en que uno se siente a sí mismo, se cuestiona, tiene deseos de mejorar y superarse, tiene ganas de estar con los otros, de compartir, de gozar, de ser feliz y sin agobios. Son también aquellos momentos en que tenemos proyectos e ilusiones, y miramos hacia delante esperanzados, o aquellos otros en los que alcanzamos determinadas metas, o bien aquellos en que podemos mirar hacia atrás con satisfacción o, como mínimo, con aceptación. Pero sobre todo son aquellos en los que nos damos cuenta de que con nuestra manera de vivir generamos formas concretas de vida a nuestro alrededor, que es la convivencia, de la que nos sentimos parte esencial. Pensemos y reconozcamos que somos personas humanas, y no máquinas.

No podemos esperar que cambien las cosas para cambiar nosotros o poner la excusa de que no cambiamos porque no cambian las cosas. No busquemos una segunda oportunidad, es mejor aferrarse a la primera, porque la segunda, a veces, no nos llega, y entonces habremos perdido todo.

¿QUIERES CAMBIAR DE COCHE  
Y NO SABES CÓMO?



INICIATIVA  
APARCA  
LA CRISIS

Infórmate en [www.peugeot.es](http://www.peugeot.es)  
o en tu concesionario.



PEUGEOT FINANCIACIÓN

Alquiman S.A. y su red de agentes

Ctra. Argamasilla de Alba, km 0,800, Esq. P. Cementerio - Tfno.: 926 510 503 - 926 510 519 - TOMELLOSO

Talleres Autovisa Avda. Picassent, 12  
Tfno.: 967 14 55 12 - VILLARROBLEDO

Talleres Guillermo Calero Tfno.: 926 61 14 85 - Fax: 926 61 49 34  
Autovía de Andalucía, 171 - MANZANARES